

La chinización del marxismo

Es muy posible que el socialismo chino se parezca al socialismo europeo como la filosofía china a la filosofía hegeliana. Sea como sea, es un hecho intrigante que el imperio más antiguo e inquebrantable del mundo haya sido arrastrado en ocho años, con las balas de cañón y los fardos de algodón de la burguesía inglesa, a los bordes de una conmoción social que habrá de tener, sin duda, las consecuencias más importantes para la civilización. Cuando nuestros reaccionarios europeos, en su próximo vuelo a través de Asia, lleguen finalmente a la Gran Muralla China quien sabe si no leerán, a las puertas que creían abrirse hacia la ciudadela de la antigua reacción y el conservadurismo, la inscripción: República China. Libertad, Igualdad, Fraternidad. Karl Marx, febrero de 1850. Extracto del artículo publicado en Nueva Gaceta Renana con el título “El comercio mundial cambia de dirección por segunda vez”.

Karl Marx (卡尔马克思) puso su foco de atención en China escribiendo artículos periodísticos de gran calado político. Pocos occidentales escribían sobre China en aquellos años, dada la evidente dificultad de acceso a fuentes de información y datos fiables, unido todo ello al escaso interés que suscitaba el tema chino en general. Desde agosto de 1851 hasta marzo 1862 Karl Marx y Friedrich Engels -desde su exilio en Londres- contribuyeron regularmente con cientos de artículos para el diario estadounidense *The New York Daily Tribune*, que comprenden principalmente los escritos de los dos autores sobre la problemática y el conflicto relacionados con las invasiones inglesas en China y las dos Guerras del Opio. “Los cañones ingleses han impuesto a China la droga soporífera que se llama opio”, afirmaba Marx.

Uno de los aspectos más interesantes de estos escritos es el tono crítico con el que Marx y Engels describen los debates que se mantuvieron en el parlamento inglés respecto a la conducción de los conflictos

Karl Marx

con China en las Guerras del Opio. En diversos artículos los autores destacan las formas a través de las cuales los defensores de la guerra dentro del Parlamento van construyendo todo un discurso favorable a la invasión (apoyado por la gran prensa inglesa de la época) y creando una serie de subterfugios, basados muchas veces en motivos totalmente banales, que pudieran ser utilizados para justificar y legitimar ante la Cámara y la sociedad los ataques y las invasiones en China. Como gran científico social, Marx mantenía el lema “siempre hay que dudar de todo”, incluso en sus textos:

*Que un imperio gigantesco, englobando casi un tercio del género humano, vegetando a pesar de los imperativos del tiempo, manteniéndose artificialmente apartado de las relaciones generales del mundo e ilusionándose a sí mismo con el mito de su perfección celeste, que tal imperio sea finalmente sorprendido por el destino y arrastrado a un duelo a muerte en el que el representante del mundo antiguo parece movido por motivos éticos, mientras que el representante de la sociedad moderna lucha por el privilegio de traficar en los mercados donde se compra lo más barato y se vende lo más caro, es un hecho que constituye una tragedia tan extraña que jamás poeta alguno pudo soñarla. (“La historia del comercio del opio”. *The New York Tribune*, 20 de septiembre de 1858).*

Con las guerras, Inglaterra se beneficia de las ganancias que se derivan principalmente de la imposición de la venta del opio indio a China y de las indemnizaciones de guerra, que le rinden mucho más que las exportaciones de las manufacturas inglesas que consiguen hacerse hueco en el mercado chino. Sobre este tema, resalta en los textos un importante análisis sobre la estructura económica china. Marx destaca que los productos ingleses, principalmente los textiles, tenían dificultades para entrar en el mercado chino incluso después de la victoria en las guerras, de la imposición de tratados y del monopolio de los principales puertos. Las exportaciones inglesas de productos manufacturados a China disminuyen. Según Marx, la respuesta a ello está en la estructura de la economía china, basada en la combinación de la agricultura en forma de parcelas con la industria doméstica. Los campesinos chinos plantaban, cosechaban y además fabricaban sus propias

Karl Marx

vestimentas por medio de procesos de trabajo domésticos, artesanales y familiares. Los tejidos chinos, de los más simples a los más refinados, eran fabricados por la familia y para toda la familia. No era fácil competir con ese modelo y al contrario de lo que Inglaterra logró hacer en la India, transformando a las comunidades en campos para plantación de opio bajo la dirección de las compañías inglesas, eso no ocurrió en China. Según Marx, «los ingleses no tienen ese poder en China y es probable que nunca consigan conquistarlo».

Por otra parte, es importante señalar que tanto Marx como Engels escribieron sobre la mayor revolución de China en el siglo XIX, la rebelión de los Taiping (1850-1864). En un principio ambos creyeron que el movimiento revolucionario que se estaba levantando en China, era el preludio de una inminente crisis económica mundial que daría fin al capitalismo. Marx saludó con simpatía el comienzo de este movimiento. En "La revolución en China y en Europa" (*New York Daily Tribune*, 1853) Marx resume su interpretación de la rebelión de los Taiping y las causas que la provocaron: los cañones ingleses acabaron con la apariencia de poder invencible y con la autoridad del estado imperial Qing -con dominio colonial manchú- e impusieron condiciones humillantes a la nación China, lo que generó una agitación nacionalista que provocó la rebelión. En gran medida, una interpretación basada en causas exógenas. Nueve años después, cuando Marx retoma sus escritos sobre los Taiping en su artículo "Problemas chinos" (*Die Presse*, 1862) ya se mostraba mucho más crítico con el movimiento, confrontando sus valoraciones sobre el mismo: "aparte del cambio de dinastía, no plantean otro problema. No tienen ninguna consigna. Constituyen un azote más bien para las masas populares que para los gobiernos tradicionales". La visión de Marx sobre esta rebelión Taiping peca de cierta simplicidad, al examinar algunos factores determinantes en su desarrollo e ignorando otros cruciales.

Anterior a su etapa como periodista y analista político, en el *Manifiesto comunista* (1848) Marx señala la importancia del mercado de las Indias orientales y de China como un factor clave en el desarrollo del capitalismo europeo. El intento del gobierno chino en 1839 de prohibir la importación de opio produjo la llamada guerra del opio contra China, que Marx caracteriza en *El capital* (1867) como uno de los principales

Karl Marx

eslabones de la larga cadena de guerras comerciales en las que, desde el siglo XVI, las naciones europeas se inmiscuyeron en multitud de conflictos por intereses económicos.

Pero sus libros y artículos no se conocían en China. Realmente, la raíz del marxismo chino nació con el triunfo de la Revolución rusa de octubre de 1917. La revolución, liderada por los bolcheviques y Lenin, encendió a medio mundo y su efecto expansivo no tardó en llamar la atención de varios intelectuales, profesores y estudiantes chinos. Fue gracias a este hecho que se propició la difusión de las ideas socialistas en China, más que el conocimiento de la obra de Marx. El movimiento comunista internacional proporcionó la palanca teórica y política para una poderosa rendición de más de un “siglo de humillaciones” en el Imperio del Centro, Zhongguo. De este modo, el marxismo chino se fue desarrollando sin un conocimiento exacto de la obra de Karl Marx: la traducción completa del *Manifiesto comunista* no apareció hasta 1920, realizada por Chen Wangdao, y *El capital* se transcribió al chino en 1930 gracias a Chen Qixiu. Hasta la Revolución de Octubre, el filósofo alemán había permanecido esencialmente ajeno a la cultura china y a las elites intelectuales de China. Tampoco se había desarrollado en China un movimiento de la clase trabajadora que tomara parte en la Primera y Segunda Internacional.

Formalmente, la introducción del marxismo en China se debió a Li Dazhao (1889-1927), que tras el triunfo de la Revolución de Octubre, se encontraba trabajando como jefe de la biblioteca de la Universidad de Beijing y en la que también sería, tiempo más tarde, profesor de Historia. En el año 1918, Li Dazhao, que se había formado durante varios años en Japón, donde entró en contacto con las corrientes del pensamiento occidental, era un marxista convencido. En la Universidad fundó la primera Sociedad de Estudios Marxistas y se dedicó a propagar el marxismo en los ambientes intelectuales, especialmente entre la juventud universitaria, la elite estudiantil que podía acceder en aquella época a los estudios superiores. Li Dazhao se rodeó de jóvenes entusiastas, entre ellos Mao Zedong (1893-1976) y sembró la primera semilla del comunismo en China. Pero no hay que olvidar que Li Dazhao era chino y la aplicación teórica de sus ideas estaba relacionada con la situación político-social de su país. La revolución bolchevique y los planteamientos de Marx tuvieron su base de acción en el prole-

Karl Marx

tariado, en los obreros de las grandes ciudades industriales de Europa; en China, por el contrario, la mayoría de la población no estaba unida, vivía muy aislada en el campo. Li Dazhao fue muy consciente de esto. Por otra parte, el movimiento 4 de Mayo (1919), engendrado por las protestas estudiantiles que comenzaron en Beijing, abrió nuevos horizontes y despertó un gran interés por la traducción de textos sobre asuntos sociales y políticos.

Ese fue el comienzo de la “chinización del marxismo”, es decir, la aplicación del método marxista a las condiciones concretas de la formación socioeconómica china. Un marxismo que estaba muy lejos de ser “ortodoxo” (Mao escribió en su juventud un artículo en contra de la “mentalidad de libretista” y el propio Marx -recordemos- afirmaba no ser marxista), del mismo modo que el marxismo de Lenin estaba lejos de ser “académico”. Sin embargo, el marxismo estaba dentro de las contradicciones de la sociedad china, tanto en su contexto interno como internacional. El 1 de julio de 1921 en Shanghai, a iniciativa de un grupo de activistas marxistas, se fundaría el Partido Comunista de China (PCCh); unos días después, el 23 de julio, y en la misma ciudad, se celebraría su I Congreso Nacional, en el que participaron doce delegados, entre ellos Mao Zedong. Veintiocho años después, en octubre de 1949, y después de muchos avatares, se fundaría la República Popular de China. Durante todos estos largos años hasta nuestros días, los comunistas chinos han asimilado el marxismo de una manera no dogmática y han logrado captar su esencia del pensamiento dialéctico. Una buena especificidad es el concepto de transición al socialismo. En el Preámbulo de la actual Constitución china -un auténtico manifiesto político e ideológico- está escrito que “China estará durante mucho tiempo todavía, en la etapa primaria del socialismo”. Esta declaración implica una concepción de la transición al socialismo como un proceso a largo plazo, complejo y contrastado, y no la idea de una sustitución rápida o inmediata, o un cambio a corto plazo implementado por decretos en los que una nueva estructura socioeconómica reemplaza a la anterior (esta visión, simplificada y elemental de la transición se opone frontalmente al espíritu historicista del marxismo y a la propia dialéctica).

Karl Marx

Junto a la aceptación de esta realidad, oficialmente China siempre se ha declarado un país socialista, con principios marxistas. El mensaje de China parece querer decir, “como somos los únicos que hemos tenido éxito y hemos adaptado el marxismo al liderazgo del Estado, te vamos a contar de qué se trata”:

La teoría sistemática del socialismo con peculiaridades chinas es el último logro de la adaptación del marxismo a las condiciones de China. Incorpora la teoría de Deng Xiaoping (la reforma económica y apertura iniciadas en 1978), el importante pensamiento de la triple representatividad (elaborado por Jiang Zemin, que abre el partido a todos los sectores de la sociedad), la concepción científica del desarrollo (implantado por Hu Hintao, y concebido como un desarrollo integral, coordinado y sostenible), y cuyas relaciones con el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong son heredadas, desarrolladas, continuadas e innovadas (La gobernación y administración de China -2014-, Xi Jinping, Presidente de la RPCh y Secretario General del PCCh).

En su reflexión sobre el marxismo, Xi insta a adaptar continuamente los principios marxistas a la realidad y a las características propias de China: “la nueva sociedad no se puede establecer desde cero. Su base está históricamente determinada” (...) En una nación con más de 5.000 años de cultura y de lucha “los comunistas chinos se ocupan de la cultura tradicional de la antigua China y sus filosofías, y tratan de entenderlos en el marco de una visión marxista de la historia nacional” -y lo cierto es que, a lo largo de este siglo, se han ido rescatando las ideas confucianistas en el discurso oficial-. Xi urge también a ser innovador tanto en la teoría como en la práctica, considerando que “el marxismo nunca es el fin de la verdad. Abre un camino hacia la verdad a través de la práctica. (...) El cambio de los tiempos y el alcance y la profundidad del desarrollo de China están mucho más allá de la imaginación de los escritores marxistas clásicos, por lo que, debemos explorar con valor y lograr avances teóricos de manera continua”. O, dicho en otras palabras, también de Xi, ante el Comité Central del PCCh:

Carlos Marx y Federico Engels no tenían experiencia práctica en cómo gobernar de manera integral un país socialista y muchas de sus leyes so-

Karl Marx

bre las sociedades futuras eran previstas. Vladimir Ilich Lenin falleció poco después de la Revolución de Octubre y no tuvo tiempo para explorar a fondo este problema. (...) La combinación de teoría y práctica no solo hace que el pensamiento marxista sea efectivo, sino que también da un nuevo impulso al desarrollo filosófico y al progreso del socialismo. El error principal sería considerar el materialismo histórico-dialéctico como un evangelio inerte. En realidad, es un manual para la acción y un medio para el conocimiento.

Pero al mismo tiempo, se reafirma en sus convicciones: “Si nos desviamos o abandonamos el marxismo, nuestro Partido perderá su alma y dirección” (Spanish.xinhuanet.com | 29-09-2017).

Probablemente Marx sea el occidental más respetado y venerado en China. El estudio del marxismo llega a la educación, donde esta asignatura es obligatoria y esencial para obtener un título universitario. Además, la enseñanza del marxismo se ha especializado y se imparte en las seis principales universidades de China. “Sólo el socialismo puede salvar a China y sólo la reforma puede desarrollar a China, el socialismo y el marxismo”, afirmaba Xi Jinping en el discurso inaugural del XIX Congreso del PCCh de octubre de 2017.

La relectura marxista de Xi Jinping se sitúa en un nuevo escenario y proyecto políticos que redefine la “contradicción fundamental” del análisis de Karl Marx, es decir, que las relaciones de producción en el sistema capitalista generan el enfrentamiento entre clases sociales y determinan el antagonismo del binomio trabajo-capital. Para el actual presidente de China, sin embargo, la “contradicción principal de la sociedad de nuestro país ha pasado a ser la que existe entre la creciente demanda del pueblo de una vida mejor y el desarrollo desequilibrado e insuficiente”. Y dicho esto, desde la realidad y la práctica de gobierno de un gran país, con 9,6 millones de km², de 1.350 millones de habitantes (cerca de 1/5 parte de la población mundial), que en los últimos 40 años se ha transformado profundamente consiguiendo grandes logros -en Europa se necesitaron más de 120 años-, sacando de la pobreza a 700 millones de chinos, pasando a estar a la cabeza de la economía mundial y liderando, en los últimos años, la escena internacional del

Karl Marx

comercio y la cooperación (con decisiones como la Franja y la Ruta o el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura). Y todo ello, bajo el control de un Partido (Estado) Comunista Chino con cerca de 89 millones de militantes, el partido más grande del mundo.

Las iniciativas lanzadas por Xi Jinping están definidas bajo la visión de la *nueva normalidad*, que siga profundizando en las reformas y en el desarrollo sostenible y que permita avanzar en el socialismo con peculiaridades chinas en una nueva era; y del *sueño chino*, entendido este como la construcción de una “sociedad modestamente acomodada”. Un concepto basado en el colectivismo social, que hunde sus raíces en el confucianismo; el sujeto del sueño chino es el pueblo chino en su conjunto. No es un sueño abstracto, sino pragmático (muy acorde con la propia mentalidad china). Persigue convertir China en una sociedad moderadamente próspera de forma integral -erradicando la pobreza- para 2021 (cuando se cumplen 100 años de la fundación del PCCh) y una nación plenamente desarrollada en *armonía*, desde la centralidad geoestratégica, con liderazgo internacional y dentro de la *comunidad de destino* de la humanidad, para 2049 (fecha del centenario de la constitución de la RPCh).

Por último, quiero señalar dos circunstancias concretas que se producirán durante el año 2018 con Marx como protagonista. Por un lado, y con motivo del bicentenario de su nacimiento, el Gobierno de la RPCh ha decidido regalar a la ciudad alemana de Tréveris una estatua en bronce de cinco metros y medio, obra del escultor Wu Weishan, que será inaugurada el 5 de mayo de 2018, coincidiendo con su 200 aniversario.

Por otra parte, la Universidad de Pekín en Beijing, capital de China, será la sede, en mayo de 2018, del IIº Congreso Mundial sobre el Marxismo. Al mismo asistirán más de 300 expertos de diferentes países para discutir la vigencia del pensamiento marxista en el siglo XXI y su desarrollo en China.

Luis Miguel Sánchez Seseña.

Economista. Miembro de la Asociación de Amigos de China

Karl Marx
